



LA NOVELA PARAMOUNT

Ricardo Cortez

Greta Nissen

En nombre
del amor



25
TS

HIGGIN, Howard



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm.
18

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis-BARCELONA

EN NOMBRE DEL AMOR

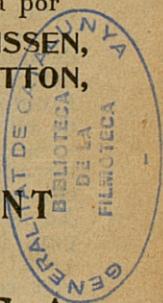
(IN THE NAME OF LOVE, 1925)

Magnífica producción, interpretada por
RICARDO CORTEZ, GRETA NISSEN,
WALLACE BEERY, RAYMOND HATTON,
etc.

Es un film PARAMOUNT
EXCLUSIVA DE
Paramount Films, S. A.



J. HORTA, impresor-Barcelona



En nombre del Amor

Argumento de la película

Después de vivir muchos años en América, Raúl Melnotte volvía a Francia, su país natal, acompañado de su madre.

Un coche les iba conduciendo por la bien cuidada carretera.

—Madre—dijo Raúl, que era un muchacho de unos veinte años, alto y fuerte—, no falta más que un kilómetro para llegar a Montville... Pronto estaremos en casa. ¡Dos lustros lejos de ella! ¡Cuánto tiempo!

—Hijo mío, después de haber estado tantos años en Chicago, Francia es casi desconocida para mí... ¡Era yo tan feliz en América!... Yo no sé cómo se te ocurrió vender el garage para traerme aquí...

El joven acarició a su madre mientras sus ojos contemplaban nerviosamente la línea de montañas que se perfilaba en el horizonte.

—Todo está igual! ¡Nada ha cambiado! —suspiró.

—Sí, aquí nada cambia!

El coche se había detenido ante una casa vieja, de piedras carcomidas por el tiempo.

—Hace diez años—murmuró Raúl—que me

despedí de María en estos mismos escalones...

—Raúl, ¿es por esto que me has traído a Francia? ¿Por qué todavía amas a María?

El joven se echó a reir, recordando a la niñita de ocho años que él había conocido.

—Sí, mamá—dijo—. No puedo olvidarla. Recuerdo que marchamos a América, y yo me despedí de María, diciendo: «Cuando haya hecho fortuna en América regresaré a tu lado y viviremos felices los dos en «nuestro» castillo de la colina»... Y ella me respondió: «Raúl, te esperaré... Nunca amaré a nadie más que a ti, príncipe mío»...

—Entonces no erais más que dos chiquillos... Ella no se acordará ya de ti... Ha pasado tanto tiempo...

—María no puede haberme olvidado... Vas a ver...

Llamó a la casa en la que, muchos años atrás, habitaban María Dufrayne y sus padres. ¡Con qué emoción esperaba que abriesen la puerta y apareciera la figura linda de María!

Apareció una mujer, quien enterada de su deseo, le respondió:

—¿María Dufrayne? Se mudaron de aquí cuando murió el viejo Dufrayne... y les dejó la fortuna que hizo durante la gran guerra.

—¿De modo que han prosperado en sus negocios?—dijo Raúl.

—¡Ya lo creo! Y el dinero le ha vuelto muy orgulloso a María... Y desde que compraron el castillo de la colina, la soberbia la tiene tan ciega que no «puede ver» a sus antiguos amigos...

Callaron Raúl y su madre como si aquellas palabras hubieran puesto frío en sus sentimientos.

—Dios mío! ¿sería posible? Ellos conocieron

una María pobre y humilde, y nunca pudieron sospechar que llegara a ser la poderosa heredera del castillo.

Sus ojos se dirigieron hacia las torres del cercano castillo y hacia las almenas de piedra gris...

Raúl, sin conocer bien la causa, se inquietó. Le pareció que algo se interponía entre María y él, y acarició nerviosamente en su bolsillo un pequeño corazón de seda que muchos años antes ella le había dado en promesa de recuerdo.

De pronto pasó junto a ellos un lujoso automóvil. La vecina les advirtió:

—¡Miren... ahí viene María!

Pasó el coche como una exhalación, pero Raúl, perfecto fisonomista, reconoció a la novia de su infancia... El automóvil les salpicó de barro y su dueña no se dignó siquiera volver la cabeza para ver a aquellos desdichados transeúntes.

—Es una bonita tarjeta, ¿verdad? —dijo Raúl, sonriente y contemplando las manchas de barro de su vestido.

Y con cierta melancolía, comenzando a gustar la acidez de la desilusión, se dirigió con su madre hacia el hotel.

María Dufrayne y su madre, enriquecidas prodigiosamente con la guerra, habitaban un magnífico castillo feudal.

Habían roto todas sus relaciones con sus antiguas amistades y su único deseo era el de tratarse con gente aristocrática y distinguida.

María, hermosa muchacha, no se acordaba ya ni remotamente que en sus tiempos de niña había sostenido un «flirt» delicado con un chiquillo francés que marchó luego a los Estados Unidos.

Otras preocupaciones la amargaban ahora...

Aquel día al llegar a su casa, después de haber dado el acostumbrado paseo en automóvil por la carretera, su madre le mostró una carta que acababa de recibir:

La condesa de Briac tiene el sentimiento de manifestarle que debido a un compromiso contraído anteriormente, le es imposible aceptar la amable invitación de Mme. Dufrayne para el viernes trece del corriente.

—Siempre se excusan «con sentimiento», dijo la madre. —Ni que estuviéramos atacadas de viruela!

—Nos deben considerar poca cosa, ¿eh? Ya verá como no se excusarán!... ¡Voy a casarme con un noble!

—¡Ojalá!

—Me casaré con el título más rancio que encuentre... aunque tenga más años que Noé.

Y se contempló en un espejo, sonriendo a la belleza delicada de su persona... Estaba convencida de unirse con un hombre de sangre azul...

* *

Raúl y su madre carecían de gran fortuna... Habían recogido únicamente unos miles de dólares durante su permanencia en América, pero su dinero no podía compararse ni por ensalmo con el ganado por los Dufrayne.

Al día siguiente de su llegada a Montville, la madre de Raúl decía:

—Lo mejor que puedes hacer, hijo mío, es olvidar a María y regresar conmigo a Chicago. Todos los informes atestiguan que se ha vuelto

insufrible y orgullosa. Estoy segura de que si te presentas a ella, te despreciará...

—No, no marcharemos de Montville, mamá... María vive ahora en un plano superior a nosotros, pero ella vendrá a mí...

—En fin si tanto te empeñas en casarte con



—Me casaré con el título más rancio que encuentre...

María, vete a buscarla aunque tengas que pelear como Dempsey por ella.

—¡Quién sabe, mamá!

Y Raúl, comprendiendo que si se presentaba sin una gran fortuna María le rechazaría, se dispuso a vencer su orgullo por mediación de un original proyecto.

Pensó en establecerse desde luego en la

pequeña ciudad de Montville. Vió un garaje en venta y entró en tratos para adquirirlo. Pocas horas después era ya propietario de él. Luego adquirió una casita de campo, pequeña y coqueta, donde vivir.

Y al otro día, apenas instalados en la nueva casa, empezó su plan. No quería presentarse a ella directamente, sino envuelto en la niebla de la ilusión.

Compró una canastilla de flores con una cartita anónima que decía:

Estas flores se encargarán de expresarle mi amor, en la confianza de que algún día podré decirle personalmente lo mucho que la amo, y juntos podremos compartir mi modesto castillo lleno de felicidad. Entonces sus dulces labios me llamarán

Su Príncipe.

Luego ordenó al vendedor:

—Tenga presente que no quiero que nadie se entere de quien es la persona que manda estas flores a la señorita Dufrayne.

Y desde aquel día, todas las mañanas, María Dufrayne recibía un misterioso presentente.

Las mujeres adoran lo misterioso, y aquel extraño enamorado que le enviaba flores cada día traía dulcemente inquieta a la muchacha. Se sentía interesada ante aquella poética ofrenda.

Además, muchos días, Raúl, conservando su incógnito, la telefoneaba dedicándole siempre una frase de cordial galantería.

Ella había pretendido averiguar el nombre y las condiciones de su adorador, pero Raúl, complacido, respondía por teléfono:

—Algún día sabrá usted quien soy... Ahora le digo que soy príncipe...

Una mañana, la viuda Dufrayne sorprendió a su hija platicando por teléfono con el desconocido.

—María, no comprendo como estás perdién-



—Algún día sabrá quien soy... Ahora le digo que soy príncipe...

do el tiempo «flirteando» con ese Don Nadie, estando el Marqués de Beausant por llegar de un momento a otro.

—No es posible que quien tan dulcemente habla, sea un Don Nadie—dijo la joven, interrumpiendo la conferencia.

Y luego de nuevo ante el teléfono, prosiguió:

—Amigo mío... El romance y el misterio

me encantan; pero, por favor, ¿no quiere usted decirme quién es?

—No, no puedo decírselo todavía—contestó la voz de Raúl—. Pero pronto lo sabrá.

—Que no tarde...

Colgó el aparato y se sintió invadida de dulcedumbre.

Mientras tanto había llegado a la casa el marqués de Beausant, un noble arruinado.

Había ido a su encuentro la señora Dufrayne, que estaba muy esperanzada de que se arreglaría el proyecto de boda de su hija con el Marqués.

Mujer de poca instrucción, dijo ella, con verdadera confianza, al Marqués:

—María tiene tantos deseos de ser marquesa, como usted de su... de su... dinero. Quiero decir...

Apareció en aquel instante Pedro Glavis, un millonario cervecero, aspirante también a la mano de María.

Glavis saludó reverentemente a la viuda y luego contemplando con marcado desdén al Marqués, le dijo:

—Oye, Jaime... He comprado un título y ahora no soy Pedro Glavis a secas, sino el conde de Navarene.

El Marqués se echó a reir y dijo:

—Señora Dufrayne, contemplad a vuestro antiguo amigo Pedro... Aquí lo tenéis, convertido en todo un aristócrata.

La señora Dufrayne, que en cuanto a refinamientos de conversación estaba a muy pobre altura, respondió:

—Sí, ahora que usted tiene, Pedro, un título y muchos millones de francos, no estaría mal... pero el Marqués si bien no tiene dinero... es un caballero... y... En fin, quiero decir...

María, vestida ya lujosamente, aguardaba en la estancia contigua y leía por centésima vez aquella carta de amor que le enviara su príncipe el primer día...

...y juntos podremos compartir mi modesto castillo lleno de felicidad y entonces sus dulces labios me llamarán

Su Príncipe.

Nerviosa cogió luego un periódico y leyó una noticia.

Visita de un Príncipe italiano a Francia. El Príncipe de Como se propone hacer una visita a Francia.

Dentro de breves días tendremos la honra de recibir la visita del Príncipe de Como, quien viaja de riguroso incógnito. De consiguiente, la visita no tiene carácter oficial.

De pronto sonrió triunfalmente, creyendo haber adivinado el misterio que encerraba su adorador... ¡Ah, acababa de descubrir claramente de quien se trataba! Era sin duda alguna el príncipe de Como!

No se paró en considerar los fundamentos de esa suposición, y viendo entrar a su madre, le dijo:

—Mamá, creo haber adivinado quién es mi Príncipe... el de Como... Lee...

Y le entregó el diario y la carta de amor de Raúl.

La señora Dufayne, infantilmente optimista, fué de igual opinión.

—¡Es verdad! Mi niña preciosa será la novia de un Príncipe... y yo seré su suegra...

En un cercano salóncito esperaban sentados en un sofá el Marqués y el Conde.

El Marqués contemplando burlonamente a su rival, le dijo:

—Caballero, está usted perdiendo el tiempo... ¿Qué probabilidades tiene usted, estando yo aquí?

—¿Ha visto usted alguna vez que un gato desprecie la nata?—contestó airado el ennoblecido cervecer.— Pues yo soy nata... y flor para esa Doña Nadie.

María llegó hacia ellos, saludándoles fríamente como a personas cuya relaéión no interesa.

Los dos hombres pretendieron hablar exclusivamente con ella, lanzándose furibundas miradas.

María, burlonamente, reía de aquellas insinuaciones, y se apartaba de aquellos brazos que pretendían sujetarla.

—Es inútil que disputen ustedes—les dijo—. Yo no puedo quererles... Mi corazón está ya comprometido.

Estas palabras amoscaron a los nobles.

—Cree usted que una mujer sin aristocracia—rugió el Marqués—puede despreciarme a mí, el título nobiliario más rancio de Francia?

El Conde zahirió a su rival y le gritó:

—Usted está loco! Con mi título y mi dinero, sin hablar de mi buen parecido, ella no me dejará escapar.

María, enfurecida por la terrible vulgaridad de aquellos dos hombres, exclamó:

—¿Qué se ha creído usted, cervecer? Vaya a la escuela con todo y su título, que buen dinero le ha costado, y que le enseñen modales.

Y luego, contemplando excitada al Marqués, añadió:

—Y usted con su título tan rancio que apesta, ¿cómo se atreve a presentarse delante de mí?—le gritó ella.

Al verse tratados de tan desconsiderada

manera, se sintieron compañeros del mismo ultraje y el Marqués dijo al Conde:

—Vamos... amigo mío...

Y salieron del brazo los dos a coger el automóvil. La señora Dufrayne salió a despedirles al jardín... No le interesaban ya estos partidos desde el momento en que había en perspectiva un título de mayor lustre.

—Ustedes perdonen, amigos míos—les dijo —pero tal vez les interesará saber que un príncipe italiano está haciéndole la corte a mi hija.

—¿Es posible?

—Sí, el príncipe de Como.

Los dos nobles, furiosos, saludaron a la viuda y subieron al coche. Ya éste en marcha, el Marqués rugió:

—Todavía no ha habido una persona en el mundo que haya insultado al marqués de Beausant y no se haya arrepentido... Ya encontraremos un medio de hacerles apear del burro de su soberbia.

—¡Bravo! Vamos al «Chat Noir» a comer un bocado... ¡Con el estómago vacío no puedo pensar!

Y se dirigieron hacia un restorán, pensando planes diabólicos ante el desprecio a su nobleza.

A aquella noche, la madre de Raúl estaba persiguiendo las ondas en el aparato de radio. Junto a él, su hijo parecía meditar.

La madre lanzó un suspiro de alegría y dijo:

—¡He oido a Chicago!

Y puso en estas palabras todo el amor por la tierra en la que tantos años habitara.

Raúl, melancólico, exclamó:

—Madre, estoy resuelto a decirle a María quien soy.

—¿No te arrepentirás? ¿No te despreciará entonces ella? ¡Ay, hijo mío, yo creo que has hecho mal en comenzar tal aventura!

—Cuando le telefoneé hoy, estaba adorable —siguió diciendo Raúl con entusiasmo—... Me parece que ha adivinado quién soy... Voy a decirle que deseo verla...

Se dirigió a un despachito a telefonear. María se puso al aparato, contenta de que le llamara su Príncipe, que no dudaba era el italiano que anuncianaban los periódicos.

Antes de que Raúl pudiera descubrir su incógnito, ella le dijo:

—Me parece que no me sería difícil averiguar quién es usted.

Latió el alma de Raúl, pensando que ella había descubierto su misterio.

—No ha recibido usted una decepción al adivinarlo? —preguntó.

—No... —dijo ella débilmente.

—Se lo pregunto porque su «Príncipe» no es más que un mecánico de garage.

—¿Cómo? —suspiró la voz de María.

—Sí, María, esta es la verdad... Me he presentado ante usted con ropaje falso... Soy sencillamente un mecánico...

La indignación de la muchacha, herida en su orgullo, fué inmensa. Y pareció con sus palabras lanzar toda la indignación y la tormenta de su espíritu:

—¡Un mecánico de garage—rugió—, graso y sucio! ¡Si pudiera, le azotaría! ¡Ah, vil miserable!

Y cogió el aparato, dejando a Raúl sumiso en las melancolías de su derrota.

—¡Todo inútil!—dijo a su madre—. ¡Al saber quien era, me ha injuriado!... María comenzó a llorar con desesperación ante la burla de que había sido objeto. Acudió su madre, a quien ella explicó lo sucedido...



—Se lo pregunto porque su «príncipe» no es más que un mecánico...

La muchacha destrozó a mordiscos varios pañuelos... ¿Quién sería aquél estúpido desconocido que tan brutalmente la había insultado?

Tales gritos dió, que toda la servidumbre se enteró de la burla. Y no fueron pocas las bromas dirigidas a costa de la candidez de la señorita.

Raúl Melnotte, abatido por el triste fin de

su aventura, se había dirigido al restaurante «Chat Noir» a olvidar su pena.

Hizose servir unas copas de coñac, que apuró casi enloquecido con un gesto de doloroso cansancio.

Sentíase fatigado... Vió a una pareja joven que se besaba en una mesa cercana, y les volvió desdeñosa la espalda. ¡Infelices!

Una muchacha encargada del servicio de flores se acercó a Raúl y le dijo:

—Acabo de recibir unas orquídeas preciosísimas. ¿Desea usted que le mande algunas a la señorita Dufrayne mañana, en vez de la canasta de costumbre?

En la mesa contigua estaban el marqués de Beausant y el conde de Navarene, quienes escucharon aquellas palabras con viva emoción... ¿Sería el príncipe?

Raúl respondió con visible mal humor:

—Desde ahora no hay más flores para la señorita Dufrayne...

Y volvió a encerrarse en su mutismo y bebió otra copa de coñac.

Llegó al restaurante otro individuo, quien se dirigió al mostrador y dijo:

—La señora Dufrayne desea otra docena de botellas de «Chambertin».

La mesa que ocupaba Raúl no estaba lejos del mostrador; así es que pudo escuchar la petición. También el Marqués y el Conde la oyeron.

El individuo que pedía las botellas era un criado de la casa Dufrayne, charlatán hasta los codos.

Bebió un poco de licor y agregó parlanchín, dirigiéndose a unos camareros:

—¿No sabe usted? Por fin María se ha encontrado con la horma de su zapato... Voy a

contarles como fué la cosa y se van a reir...

Raúl escuchó sorprendido aquellas palabras y lo mismo hicieron los dos nobles desdeñados. ¿Qué había pasado, pues?

—Desde hace un par de semanas—siguió diciendo el criado—un desconocido telefoneaba todos los días a María y le mandaba hermosas canastillas de flores... Ella se imaginaba que era el príncipe de Como... y, ¿a qué no adivinan quien resultó ser?

Todos reían, burlándose socarronamente de las Dufrayne. Raúl tenía una mueca trágica.

—¡Pues un loco romántico! ¡Un mecánico sucio y lleno de grasa!—agregó el criado.

Todos rieron a carcajadas.

Raúl se puso las manos en la frente. Tenía fiebre... ¡Qué vergüenzal... Y los dos nobles hablaron en voz baja y señalando a Raúl... Era indudablemente aquel joven el autor de la bromita.

El criado siguió diciendo:

—Teníais que oír las barbaridades que le dijo cuando descubrió el engaño... Dirigiéndose a su madre, decía: «¡Un mecánico de garage grasiendo y sucio! ¡Si pudiera le azotaría!»

Raúl saltaba, nervioso, casi de la silla. ¡La miserable! ¡La orgullosa!

El Marqués y el Conde, convencidos de que se encontraban ante el falso Príncipe, cruzaron unas palabras y le enviaron un papelito que decía:

¿Quiere que le participemos el modo de vengarse?

Raúl leyó aquel papel, y furioso por la burla de que había sido objeto se levantó y fué a la mesa de los nobles.

—Caballeros—les dijo—, estoy dispuesto a escucharles.

El Marqués y el Conde, deseosos de vengarse a su vez de María, le expusieron su plan. El Marqués tomó la palabra y dijo:

—Usted fingirá que es el príncipe de Como y le pedirá la mano en matrimonio. Durante la boda descubriremos nosotros su identidad y la haremos quedar a ella en ridículo delante de todos.

Raúl, furioso contra María, aceptó la farsa. Sí, se presentaría como el Príncipe, y una vez ella deslumbrada con el brillo de los blasones le mostraría la descarnada realidad y su nombre de orgullosa caería en la mayor de las burlas... ¡Sí... sí!

Y a la tarde siguiente, en casa del Marqués, se encontraban con éste el Conde y Raúl Melnotte.

Iba a comenzar el primer acto de la comedia. Raúl vestía ya uniforme de Príncipe, con grandes bandas y condecoraciones sobre la guerrera azul. Habían ido a buscar aquel uniforme en el vestuario de un teatro de operetas.

Raúl quitó al Marqués una bella sortija de oro y al Conde una petaca del mismo metal.

—Hay que dar bien el golpe—dijo, sonriente.

Los otros se resignaron a prestar aquellos valiosos objetos.

—Mañana por la noche será la nuestra—dijo el marqués—. Por cierto que están que no caben de satisfacción. La mamá por poco nos besa cuando le dijimos que le ibamos a llevar al verdadero príncipe de Como.

—¿Qué anhelo tengo de venganza!—dijo Raúl—. ¡Cómo me reiré de la ingrata!

—Y nosotros lo mismo. Ella nos desdeñó también... y nos vengaremos.

El Marqués y el Conde visitaron de nuevo más tarde a la señora Dufrayne y a su hija, entregándoles una carta con membrete real, que decía:

Querida señora:

Tengo la inmensa satisfacción de aceptar su atenta invitación para que me honre haciéndole una visita a su castillo, por mediación de sus amigos el marqués de Beausant y el conde de Navarene, mañana por la noche.

*Jorge,
Príncipe de Como*

Aquella noticia causó a la señora Dufrayne y a su hija una emoción indescriptible. Después de la burla de que habían sido objeto por el mecánico, la presencia del verdadero Príncipe era un sedante para sus nervios atormentados... Y María, la orgullosa muchacha, volvía en pensar en el modo de atrapar la corona de Su Alteza.

Hasta se mostraron muy amables con el Marqués y el Conde, gracias a cuya influencia el Príncipe visitaría su castillo.

Y esperaron con ansia infinita el momento en que el soberano pisase los umbrales de su hospitalaria mansión.

**

A la noche siguiente todo estaba preparado para recibir a Su Alteza el príncipe de Como.

Habían adornado el castillo, poniendo en la torre más alta la bandera italiana.

Los salones habían sido regíamente alfombrados y los criados vestían libreaas nuevas y pelicas a la antigua usanza.

Madre e hija esperaban impacientes la llegada.

¿Cómo sería el Príncipe? ¿Joven, apuesto, arrogante, como los de las novelas?

Un automóvil se detuvo ante el castillo: ¡el Príncipe llegaba! Pero quien entró fué Dámaso, un joven oficial, el hermano de María.

—¡Ah! ¿eres tú?—dijo la joven, desilusionada. Creí que era alguien.

El muchacho contempló el alboroto y la animación que reinaban en la casa y preguntó:

—Madre, ¿a qué vienen todos estos andares y venires?

—Dámaso, hemos «llegado»—dijo la madre con una sonrisa radiante—; el príncipe de Como vendrá a hacernos una visita esta noche.

—¡Bravo!—contestó Dámaso.—Y es una suerte que yo hable italiano, así el Príncipe podrá conversar conmigo en su propio idioma...

El mayordomo anunció solemne:

—Su Alteza Real el príncipe de Como!

Madre e hijos se inclinaron respetuosamente y Raúl con su uniforme militar, sonriendo irónicamente, entró en la estancia, seguido de los dos nobles.

Besó la mano de la señora Dufrayne y de María, y sonrió a ésta con tal delicadeza que la muchacha se sintió estremecida de felicidad...

Raúl encontró a María bellísima... ¡Qué hermosa y cautivadora era esa mujer henchida de vanidad! Recordó tristemente a la niñita que conociera de pequeño...

Ni la señora Dufrayne ni María reconocieron en el Príncipe a aquel niño de muchos años antes. ¿Qué iban a suponer ellas en su soberbia?

La dama dijo al Príncipe:

—¿Encontró el mar tranquilo durante su viaje de Italia?

—El Príncipe no atravesó el mar, sino los Alpes—advirtió el Marqués.

La señora Dufrayne se inclinó para besar la mano del Príncipe y se admiró de la bella sortija que llevaba en la mano.

—¡Qué anillo!—exclamó.

El Príncipe, sonriente, se lo quitó y lo puso en las manos de ella.

—En mi país, cuando a una dama le gusta algo se la obsequia en seguida—le dijo.

—Oh, gracias... generoso señor!—exclamó la viuda Dufrayne.

El Marqués frunció el ceño, nervioso. ¡Tenía gracia! ¿Por qué hacía aquello? Pero Raúl, dispuesto a burlarse aquella noche de todo el mundo, abrió la petaca de oro que pertenecía al Conde y se la entregó a María.

—¿Queréis aceptar, hermosa doncella, un pequeño obsequio en prueba de la admiración que por vos siento?

—Señor!

Y acarició la petaca de oro con emoción.

Luego tendió la mano a Dámaso, quien le dijo con satisfacción de hombre vanidoso:

—¿Che se dice di nuovo?

¡En su vida Raúl había aprendido el italiano! Se quedó boquiabierto sin saber qué responder, mientras los dos nobles se reían en voz baja.

Sorprendido, dijo Dámaso:

—¡Es raro! ¡Su Alteza no entiende su propio idioma!

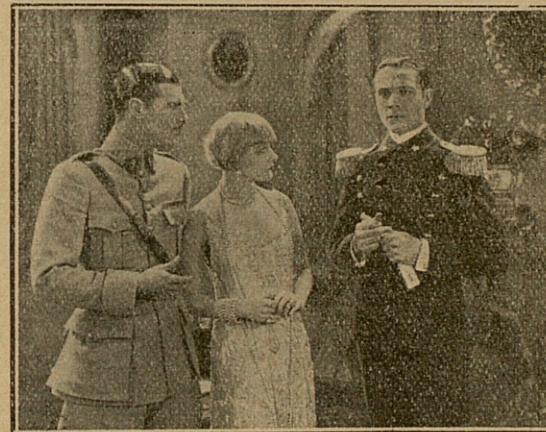
Pero Raúl, reaccionando a tiempo, respondió:

—¿Cómo demonio voy a entenderlo, de la manera que usted lo pronuncia?

Dámaso bajó la cabeza avergonzado. ¡Mal-dito acento!

Luego María fué al piano, y Raúl junto a ella escuchó las melodías de la música...

Viéndola junto a él, le parecía imposible que aquella muchacha fuese tan orgullosa.



—Es raro... Su Alteza no entiende su propio idioma!

¡Ah! A pesar de la vanidad de ella, al verla allí, se sentía Raúl seducido por sus recuerdos.

El Marqués decía, entretanto, a la señora Dufrayne:

—Si invitase usted al Príncipe a pasar ocho días en su casa, sus amigos se morirían de envidia ante semejante triunfo social.

—Sí... le invitaré—dijo la dama—. Y la

condeña de Briac no me va a contestar que lo siente cuando vuelva a invitarla.

Poco después Raúl aceptaba la invitación de la viuda y se instalaba como un verdadero Príncipe en el castillo.

Y así pasaron ocho días de farsa. Un día, salieron de excusión a caballo María y Raúl.

María se había enamorado locamente del «Príncipe», y en cuanto a Raúl, comenzaba a sentir la inquietud de la comedia. ¿Qué había hecho? Ahora pensaba que lo que empezó como una venganza iba a enloquecer de nuevo su corazón...

Raúl, contemplando desde la carretera un castillo arruinado que se levantaba en un monte, dijo con melancolia:

—Es como los castillos que levanta el amor... que termina en ruinas.

—Vuestra Alteza habla como si le lastimase el recuerdo de un amor infortunado—dijo temblorosa la joven.

—Sí, me lastima el recuerdo de una promesa de mujer que está muy cerca de mí...

—Vuestras amargas palabras me dan a comprender que aun amáis a esa mujer!—respondió ella.

Y herida por repentina celos, espoleó su caballo y emprendió un galope. El la siguió sonriente, contento. Había adivinado en los ojos y en el gesto de María que ya comenzaba a quererle. Y esta era su mejor venganza...

De pronto se desbocó el caballo de ella y María cayó a tierra, desvanecida por el golpe. Raúl acudió velozmente en su auxilio, levantándola y estrechándola entre sus brazos.

En aquel instante no se acordó de que María, tan orgullosa, amaba al Príncipe, no a Raúl; que lo que ella adoraba eran los blasones, no

el sentimiento del amor. Y la despertó con un fuerte beso en los labios, mientras le decía:

—Amor mío, abre tus bellos ojos... y mírame.

Ella volvió en sí y al ver que el Príncipe la besaba se sintió invadida de un transporte delicioso. Y murmuró como un suspiro, contenta de su gloria:

—¿Podrías olvidar a la mujer que hirió tu corazón? ¿Tendrías miedo de volver a amar?

—¡No... ya tú eres únicamente mi vida!... Y de nuevo bebió en sus labios... y la besó... aturdido... creyéndose Raúl, cuando en realidad quién la besaba era el príncipe de Como.

Volvieron al castillo, hablando ya de su noviazgo...

Y a la mañana siguiente, la señora Dufrayne iba a despertar en el lecho a su hija María y ésta le contaba toda la declaración de Su Alteza.

—¡Qué bien lo has sabido conquistar!—dijo la viuda. Eres inteligente como tu madre! María, con un gesto melancólico, exclamó:

—Por qué me lo recuerdas, madre?... Al principio, durante los primeros días, sólo deseaba su título... pero le amo ahora con todo mi corazón...

—Mejor que mejor! ¡Así estaré más seguro!... Entretanto, Raúl había marchado del castillo para visitar a su madre en su casita. Y exponía a la buena mujer sus temores ante la continuación del plan.

—Quise vengarme de ella—exclamaba. Me pareció que la aborrecía... mas ahora... —¿Qué piensas hacer?

—Ahora no hay salida—dijo él, tristemente. Si me voy y la dejo, se burlarán de ella... Si me quedo, para ella serán la humillación y

la desgracia... Y lo terrible es que me siento cada vez más enamorado.

Y quedó con las manos sobre la cabeza, preguntándose qué iba a hacer ante aquella grave situación.

Y al otro día la señora Dufrayne decía a su hija:

—Voy a dar una gran recepción para anunciar el enlace. ¡Ah, cuando la condesa de Briac se entere de esto, estoy segura de que no renunciará a visitarnos!

Se sentían orgullosas, especialmente la madre, de haber logrado interesar al Príncipe, puesto que María le amaba ya con toda su alma, y quería, no únicamente al título, sino también al hombre.

Y efectivamente, por vez primera las invitaciones de la señora Dufrayne no fueron rehusadas.

Aquella noche los salones de la señora Dufrayne se vieron invadidos por una elegante multitud verdaderamente aristocrática. Títulos ilustres se reunieron en su casa, deseosos de hablar con el príncipe de Como.

El Príncipe se vió agasajado por hermosas y fascinantes damitas.

El marqués de Beausant y el conde de Navarene estaban dispuestos a que la farsa terminase aquella misma noche. Querían que se efectuase ya la ceremonia del enlace para en el momento de la bendición descubrir ellos que el Príncipe era un simple mecánico y poner en el mayor de los ridículos a la orgullosa joven.

Comenzaban a escamarse de la asiduidad con que Raúl trataba a la muchacha y temían que lo que comenzó por una venganza terminase en un triunfo de amor.

—No hemos de darnos por vencidos—dijo el Marqués al Conde—. Voy a llamar al alcalde y celebraremos la boda en seguida.

Los dos fueron a hablar con la señora Dufrayne, y el Marqués la dijo:

—He recibido malas noticias, señora. En Italia ha ocurrido una crisis política que obligará al Príncipe a regresar a su país en seguida... ¿Por qué no permite que se casen ahora?

La señora Dufrayne accedió inmediatamente, temiendo que pudiera escapársele el Príncipe en su viaje a Italia.

El Marqués telefoneó al Alcalde para que viniera a formalizar la ceremonia y luego en compañía del Conde se dirigió al jardín.

Raúl estaba hablando con María y le decía pensando en su melancólica situación:

—¿Estás segura de que es a mí a quien amas, y no al Príncipe, es decir, al «hombre»?

—Te amo a ti y no me importa quién ni lo qué eres—respondió ella en un arrebato amoroso.

Raúl suspiró con emoción. ¡Entonces, entonces, entonces... ya no le parecía tan mala comedia... si había servido más que para vengarse, para enamorar a la orgullosa!

Los nobles llegaron ante ellos y el Marqués habló:

—Vuestra Alteza tiene que regresar a Italia inmediatamente...

Raúl les contempló sorprendido... ¿A dónde iban a parar? María, dulcemente aturdida, dijo a su prometido:

—Llévame contigo, Príncipe...

—Oh, señorita—dijo sonriente el Marqués— anticipando su deseo, hemos dispuesto con su mamá que la boda se celebre en seguida... Y

luego marcharán ustedes ya casados al extranjero.

—¡Pues voy a arreglarme y dentro de cinco minutos estaré lista! —dijo la joven.

Desapareció feliz y radiante de juventud, mientras Raúl miraba con extrañeza a sus cómplices. ¿A qué aquella prisa? ¿Por qué aquella misma noche el casamiento?

—Ea —dijo, indignado— me niego terminantemente a seguir esta farsa adelante. ¡Ustedes se han vengado ya como deseaban, y por mi parte Dios sabe que yo he tenido bastante! No me interesa ya continuar la mentira.

—Amigo mío —protestó el Marqués— usted no entiende la cosa... Cuando le hayamos desenmascarado a usted, por despecho, ella estará muy contenta de poder casarse conmigo...

—Poquito a poco, amigo —protestó el Conde. —¿Quién ha corrido con los gastos de la farsa? Yo. ¿Y quién se casa con la muchacha? ¡Yo también!

—Prefiero ver a María muerta, que casada con un majadero como usted —rugió el Marqués.

—¡O con una cucaracha como usted!

—No discutan —terció Raúl—. Voy a seguir el plan como lo habíamos proyectado y me casaré de veras con María...

—Nosotros lo impediremos...

—Ustedes?

Y cogiéndolos del brazo los encerró en el invernadero del jardín, cerrando con llave... Allí estarían hasta después de la boda, cuando ya su protesta fuera inútil.

Poco después llegaba el Alcalde y formalizaba el contrato matrimonial... Y al dar los contrayentes el sí, la señora Dufrayne se consideró la mujer más feliz del mundo.

Raúl había triunfado... era ya el marido

formal de María... de su antigua y dulce compañera...

* *

Dámaso Dufrayne, el hermano de María, llegaba tarde a la boda a consecuencia de una avería de su automóvil.

Se encontraba en mitad de la carretera reparando su coche cuando se detuvo un magnífico auto y descendió de él un elegante caballero.

—Podría indicarme el camino más corto para ir a Lyon? —preguntó.

Dámaso se lo indicó y el otro agradeció la indicación.

—Muchas gracias en nombre de Su Alteza el príncipe de Como. Yo soy su secretario particular.

—¿Cómo? —gritó asombrado Dámaso—. ¡El Príncipe aquí!...

—El, es que está en el automóvil...

Dámaso, inquieto, contempló a un respetable anciano que estaba sentado en el maletero interior.

—¿Cuándo han llegado ustedes? —preguntó.

—Hoy hemos salido de Italia y ahora vamos hacia Lyon... Y muchas gracias de nuevo, señor...

El automóvil desapareció, y Dámaso quedó enloquecido de rabia... Entonces... ¿aquel joven que se casaba con su hermana... no era el Príncipe... sino un usurpador? ¡Ah, el infame!

Lista ya la reparación de su coche, emprendió loca carrera hacia el castillo.

Cuando llegó a él, hacía cosa de un cuarto de hora que habían marchado los recién casados.

La señora Dufrayne dijo a su hijo:

—Dámaso, siempre llegas tarde a todas partes. ¡Hasta el casamiento de tu hermana has perdido!

—Ya están casados, ¿eh? ¡Ah, el infame! ¡Tú no sabes lo que ha ocurrido, mamá tú no sabes! ¿Y hacia dónde han ido?

—Por la carretera de Lyon... ¿Pero qué tienes... qué sucede?

—No puedo perder tiempo... Ya lo sabrás después. Voy en su persecución...

Y montó en el coche y marchó hacia la dirección indicada, deseoso de que le prestase alas la venganza...

Entretanto, Raúl y su esposa María habían llegado a la humilde casita que el muchacho habitaba con su madre al borde de la carretera.

Ella, riendo y loca de amor, dijo a su marido:

—Has tenido una excelente ocurrencia de querer pasar la noche en esta casa campesina, amor mío...

El, pálido y sonriente, respondió:

—Existe una antigua creencia muy arraigada en América... Si el marido pasa a su esposa en brazos por el primer umbral que encuentran después de la boda, jamás se separarán...

—Pues llévame...

Y él la alzó en brazos y la depositó en el interior de la modesta casa.

¡Qué felices parecían! Pero de pronto él, dispuesto a confesar de una vez toda la verdad, le dijo con voz llena de temblor:

—Si te hubiese hecho un mal muy grande, ¿me perdonarías?...

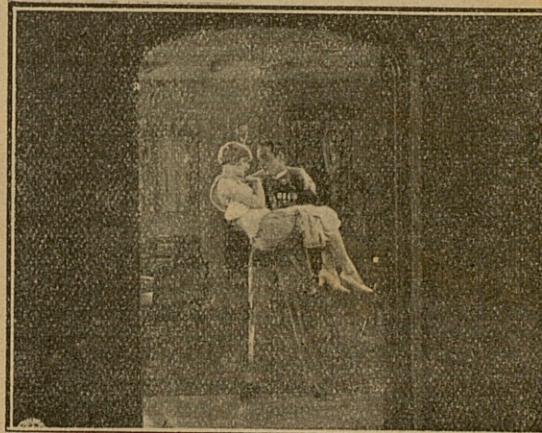
—¡Raúl! —dijo ella sorprendida...

—Pues mira, lo hice en nombre del amor...

pero... no tengo más castillo que éste... y ésta es mi madrecita querida...

Y señaló a una señora anciana que avanzaba soñante por el salón.

La sorpresa se reflejó atrozmente en los



Y él la alzó en brazos...

ojos de María. Adivinó una infamia, una farsa, una mentira terrible...

—¿Pues... entonces?

—No te disgustes, María: me prometiste que me amarías, fuese quien fuese, y yo te creí.

—¿Es verdad que no eres Príncipe?

—Soy un mecánico de garage, grasiendo y sucio. ¡Un impostor! El que te escribía aquellas cartas...

La madre de Raúl quiso abrazar a María,

pero ésta la rechazó exaltada... Sus ojos llameaban, sus labios castañeteaban de odio.

—Me has engañado... miserable. ¡Abusaste de mi confianza... granuja... granuja!

El, riendo, contestó:

—Seré todo lo que tú dices, pero ¿quién eres tú? Una mujer egoísta y vanidosa, pero mi esposa.

—No; tu mujer, no. Voy a divorciarme... Tú eres la traición y me repugnas.

Y su mano blanca abofeteó el rostro de su marido.

—¡María!

Pero la esposa viendo una habitación cercana, entró en ella, cerrando la puerta con llave. Luego se dejó caer sobre una cama, llorando desesperadamente la humillación.

Pasó algún tiempo. Madre e hijo callaban, aturdidos por lo sucedido. Y en la alcoba, María sentíase rendida por aquel cúmulo de inmensas emociones.

De pronto, Raúl rompió a hablar:

—Lo hice por su bien—dijo—. Si me casé con María, fué solamente con el objeto de protegerla contra los que querían casarse con ella...

María escuchó estas palabras desde el contiguo gabinete.

—Esta noche—siguió diciendo Raúl—le habría contado yo que era el muchacho a quien de niña tanto amaba... y a quien ella diera en prenda un pequeño corazón de seda. Y también le habría dicho que jamás se olvidó de ella...

El corazón de María latió como si fuera a estallar... Entonces... ¿aquel hombre... era Raúl... aquel niño de la infancia...? ¿Cómo no le había reconocido antes?

—No pienses en ella—dijo la madre de Raúl—. Es muy orgullosa para que pueda perdonarte nunca.

—Es verdad... No tenía derecho a mentir así... Mañana mandaré anular el casamiento y ahora mismo la llevará a su casa...

En aquel instante apareció Dámaso Dufrayne, que habiendo visto el automóvil de María parado ante la casa, sospechó que su hermana y Raúl estuviesen dentro.

Dirigióse amenazador a su cuñado y le gritó:

—¡Ahora mismo vamos a saldar cuentas, canalla!

María abrió la puerta y avanzó hasta ellos. Era otra, estaba transfigurada. Las palabras de Raúl habían calmado su corazón. ¿Qué importaba que su marido no fuera Príncipe, si le quería?

—Tú no harás nada, Dámaso—dijo—. Si sabes la verdad vas a contársela en seguida a mamá...

—Pero... ese hombre te engaño... No es Príncipe...

—Ya lo sé, pero, yo amaba al hombre, no al título... Además, Raúl fué mi compañero de infancia y yo no supe recordarlo... ¿Por qué ahora he de rechazar su unión, si le quiero?

Raúl la contempló asombrada.

—Entonces, ¿me perdonas, María... me perdonas?

—Sólo te respondo: te quiero... Y perdóname tú por no haber adivinado que eras mi Príncipito chico, mi Raúl de la infancia...

Y se encaminó con él hacia la alcoba, mirándole suavemente a los ojos, mientras Dámaso, vencido por lo que veía, se alejaba otra

vez tristemente... Iría a contarle a la orgullosa mamá lo sucedido.

Y la madre de Raúl, al ver cerrar la puerta de la alcoba de los novios, se dijo sonriente:

—¡Ahora podremos regresar a Chicago!

* * *

Mucho se disgustó la señora Dufrayne al enterarse de la mentira... pero ya el remedio era inútil... Y tuvo que perdonar a regañadientes mientras el marqués de Beausant y el conde de Navarene tuvieron que resignarse a su derrota.

Los novios se establecieron de nuevo en el castillo y la madre de Raúl no pudo volver a Chicago. Pero se consolaba pensando en las palabras de su hijo. Iba a llegar un nieto a prolongar la familia.

FIN

Próximo número:

La deliciosa comedia

JUGUETE DE LAS MUJERES

por Richard Dix

ESTA SEMANA en **LOS GRANDES FILMS**

LA MANO DE DIOS

por LYA DE PUTTI



Ediciones
BISTAGNE